

con acento

## Los cristianos y la política

Juan Antonio Irazabal

Hace ya mucho tiempo que estamos en campaña pre-electoral. No faltan, por ello, además de las promesas, los temas de discusión. Si la posibilidad de debate es un factor esencial de la democracia, sólo cabe alegrarse de ello. La seguridad, el terrorismo, las jubilaciones, la paz o la guerra en Oriente Medio, la terrible contaminación marina en Galicia y en el Cantábrico, la reforma del código penal son temas prioritarios para todos los partidos y están en boca de la mayoría de los ciudadanos.

En el caso de los cristianos, en particular, parecería obligado que no se limitaran a repetir, entre sumisos y entusiastas, la opinión de su partido o de su periódico, sino que tuvieran una opinión nacida de su propia conciencia ciudadana y de su preocupación por el bien común. Un buen test para certificar la existencia de esa toma de conciencia personal podría ser el que la lista de temas políticos de interés no se limitara, en su caso, a los que jalea continuamente la prensa y la televisión, es decir, si cultivan, además, otras inquietudes como –por poner dos ejemplos– la lucha contra la pobreza en nuestra propia sociedad o nuestras relaciones con los países del hemisferio Sur. En todos estos temas, tanto los más manidos como los que sólo salen en la prensa muy de vez en cuando y en pocas líneas, la diversidad de opiniones entre los ciudadanos es casi general. Lo

cual, en principio, constituye una excelente señal. Más sospechas debería levantar una real o pretendida unanimidad.

Pero entre los cristianos, la diversidad de opciones políticas constituye muchas veces un motivo de tensión –incluso de escándalo–. Sin embargo es preciso reconocer que la experiencia cristiana no lleva necesariamente a las mismas convicciones políticas ni a analizar las situaciones de la misma manera. «La Iglesia –según Juan Pablo II– no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí» (*Centesimus annus*, nº 43). El papa parece estar dando «al César lo que es del César».

Éste es un «vacío» que a veces resulta difícil de tolerar en una comunidad, como la cristiana, que se sabe depositaria de no pocas verdades de trascendental importancia. Y tal vez resulte aún más difícil de tolerar para el clero y para la jerarquía, estamentos tradicionalmente más cultos que el laicado (el lego o laico era lo contrario del clérigo, palabra que, en tiempos antiguos, era sinónima de letrado y se empleaba también para designar a

personas que no habían recibido las órdenes sagradas), que a su más elevada formación unían el privilegio de hablar desde una posición privilegiada dentro de la comunidad.

En España, además, durante la dictadura franquista, los cristianos –y muy en particular determinados pastores– tuvieron el acierto de intervenir y orientar la evolución política de la sociedad en una dirección que hoy –mayoritariamente– se considera acertada. El régimen era más condescendiente, o menos severo, con quienes discrepaban amparados por su condición clerical, aunque algunos pastores también «se la jugaron» muy en serio. ¿Será por esa costumbre adquirida durante el franquismo por lo que hoy todavía, cuando sólo es de recibo el recurso a la «razón política», resulta relativamente frecuente oír a ciertos clérigos pronunciarse a favor de una determinada opción política «desde una óptica cristiana»? ¿Será por esa misma razón por la que recientemente algunos obispos han pretendido orientar a sus fieles sobre la oportunidad de una ley de regulación de los partidos y otros han dado doctrina sobre la manera de entender ciertos nacionalismos? El resultado final ha sido una manifiesta división de opiniones dentro del episcopado.

En el terreno político nadie está en posesión de «la» verdad, sobre todo cuando tantas decisiones se toman en función de los resultados electorales, primer objetivo de todo partido político, y de una afectividad tan digna de respeto como desprovista de razones absolutas. De todas maneras, el inevitable pluralismo político de la

sociedad penetra también en la Iglesia, donde no pocas veces este pluralismo se vive casi como un drama o como una ruptura. Hay quienes evitan cualquier posible drama refugiándose en alguna de las variantes del indiferentismo político, vulgarmente llamado «pasotismo», que puede revestir formas muy variadas: desde una desaforada pasión por el fútbol que no deja el menor resquicio a la inquietud política, hasta la fobia por cuanto tenga el menor parecido con «meterse en política» o «hablar de política».

Ciertamente, en el caso del clérigo, cuyo principal ministerio es proclamar la Palabra de Dios y presidir la asamblea reunida en torno a la mesa del Señor, meterse en política de partidos (en la *politique politicienne* o la *politicaïlle*, como la llaman de vez en cuando los franceses en tono muy peyorativo) puede constituir un serio estorbo, que es lo que literalmente significa la palabra «escándalo». Hace pocas semanas, se lo recordaba paternalmente Don Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao, a uno de sus clérigos, profunda y dolorosamente comprometido en la política partidista: la política de partidos hay que dejarla a los laicos, vino a decirle. Pero los políticos laicos que en aquel momento secundaban a dicho clérigo con su presencia en el templo parroquial le respondieron al obispo que los clérigos de la Iglesia también hacían política de esa clase.

Uno y otros, a mi entender, estaban en lo cierto: hoy en día –y en contra de lo que ha venido sucediendo en siglos anteriores–, los laicos son los cristianos mejor situados para defender unas opciones políticas concretas y para

hacerlo con el apoyo indispensable de los partidos, y no sólo por motivos intraeclesiales, sino porque están mejor preparados. Pero es innegable –aunque ello duela a Don Ricardo– que todavía quedan clérigos aferrados a tomar parte en la batalla partidista, frecuentemente con ciertos aires mesiánicos, y a las ambiciones que inevitablemente van unidas a ella. En la defensa de las víctimas del terrorismo, existe en nuestro país un movimiento, que, aunque no confesional, está sustentado en gran parte por laicos cristianos, que –ellos sí– saben mantenerse a gran distancia de los intereses partidistas y llevan más años que nadie defendiendo en público el valor sagrado de la vida con la más elocuente y desinteresada de las armas: con el silencio. En definitiva, un conflicto –el sufrido en una parroquia de la Iglesia de Bilbao– que dista de ser el único que se ha producido en nuestras Iglesias, que poco o nada aporta a la ciudadanía y que, en cambio, había abierto una profunda brecha en la comunidad cristiana más directamente afectada.

En lo que los cristianos –como todos los demás– tienen que empeñarse ante todo es en construir una sociedad basada en la palabra, en la fuerza de los argumentos y en el peso de los votos, en condiciones de absoluta igualdad, porque es la única manera de romper el cerco de la injusticia y la violencia. El cristiano, porque sabe que el hombre ha sido creado, a imagen de Dios, inteligente, libre y abierto al otro, ha de renunciar a cuanto se impone de una manera demasiado expeditiva, empezando por el tiro en la nuca destinado a limpiar de adversarios la arena política, y siguiendo por los métodos asamblearios al estilo de

«Fuenteovejuna», a los debates que se acortan o se suprimen y al principio según el cual «el que se mueve no sale en la foto», tan al orden del día en muchos partidos políticos (no deja de constituir un profundo contrasentido que un sistema llamado democrático se sustente en partidos muy poco democráticos).

El cristiano debe, en cambio –en materia política y no sólo en el ámbito de la vida privada o de la caridad cercana– permanecer abierto a todo sufrimiento y a toda necesidad grave. Es verdad que uno no puede convertirse en apóstol de todas las causas. Pero si todos los problemas de mi entorno y del mundo global que es el nuestro no inciden de alguna manera en mi vida, en mis preocupaciones reales y en mi búsqueda de información sobre ellos, si nunca sacrifico algo de mi tiempo, de mi dinero o de mi persona, si nunca me brota una expresión de dolor por el sufrimiento del otro ni comparto de alguna manera su lucha, lo lógico sería preguntarme si mi pretendida preocupación política no es más que una simple ideología de clase o de nación –cosa lícita, por otra parte–, o sea una manera egoísta de defender mis propios intereses y nada más.

En el polo opuesto de tal postura, hoy puede observarse también un despertar de la conciencia política, no sólo entre los adultos sino también entre los jóvenes, a los que demasiado de prisa se les ha tildado de «apolíticos», como lo han demostrado, estas últimas semanas, los numerosos voluntarios que se prestaron a limpiar las playas gallegas y las masivas manifestaciones por la paz en el Oriente Medio. ■